Por tí con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.
Por tí su blanda musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante, etc.

## CAPÍTULO V.

## Fray Luis de Leon, Francisco de la Torre, D. Diego Hurtado de Mendoza.

El impulso dado por Garcilaso se comunicó rápidamente à los ingenios castellanos, y el siglo xvi fué fecundo en grandes poetas y escritores de toda clase. En aquel siglo de eterna gloria para nuestra nacion, no solamente sintió toda Europa el poder de nuestras armas, sino que se elevó nuestra literatura al mayor grado de esplendor posible. El poder de las naciones y la gloria literaria se dan á tal punto la mano, que casi siempre adonde aquel existe le acompaña esta: parece entónces que todas las fuerzas de una nacion, así físicas como intelectuales, se desarollan á la par, y que un impulso comun hace que broten por doquiera grandes hombres en todos los ramos. Siglo de oro de nuestra literatura se ha llamado el siglo xvi, y si bien ya á fines de él empezó el buen gusto à estragarse, cuenta gran número de aventajados poetas, de los cuales, sin embargo, no citaremos mas que los principales.

Fray Luis de Leon nació en Belmonte de Tajo en 1527: manifestó muy jóven su vocacion religiosa, y en 1544 profesó en el convento de Agustinos de Salamanca. Desempeñó várias cátedras en aquella universidad, haciéndose célebre por su profundo saber: su religion le condecoró con varios empleos, siendo el último el de provincial, que no llegó à ejercer por su fallecimiento acaecido en 23 de agosto en 1591. À pesar de sus virtudes tuvo émulos que le delataron à la Inquisicion por haber traducido el Cantar de los cantares contra la prohibicion expresa de que se trasladase à la lengua vulgar ninguno de los libros sagrados. Cinco años estuvo en las cárceles del Santo Oficio, al cabo de los cuales logró sincerarse y volver à su cátedra y honores, mas apreciado que nunca. Entónces fué cuando borrando de su vida aquellos tristes cinco años, imponiendo silencio à sus quejas y à las de sus discípulos, empezó su primera leccion con estas palabras: Deciamos ayer... Dicho sencillo y generoso propio de su alma bondadosa y cristiana.

Fray Luis de Leon es uno de aquellos pocos poetas que con medios sencillos saben producir grandes efectos. Sin aspirar á la pompa y altisonancia del verso, natural, fácil, á veces desaliñado y casi prosaico en la diccion, elevasin embargo el alma, conmueve blandamente y produce una especie de dulce arrobamiento que casi nos trasporta á la region celeste. En él nada se conoce el arte, y aun tal vez le desprecía, permitiéndose licencias que en cualquier otro no se tolerarian, y que con todo, no

chocan en medio del encanto que su versificacion produce. Este encanto es debido á que el poeta ha trasladado á sus versos el candor de su alma pura y religiosa. Abundando en pensamientos sublimes, en ideas grandes, en imágenes magníficas, no necesita realzar tan brillantes dotes con el lujo de las expresiones; y no obstante, en medio de su sencillez, son estas expresiones tan oportunas y á veces tan nuevas, que sorprenden. Es acaso el primero de nuestros poetas que se apartó enteramente de la imitacion de los provenzales é italianos. Empapado en la lectura de Horacio, parece proponérsele por modelo, y si no le excede, le iguala. Versado en el conocimiento de los libros sagrados está constantemente animado de su espíritu, y parece inspirado como ellos.

Como Garcilaso, se complace en pintar las escenas de la naturaleza; mas no busca en esas pinturas ni el efecto pintoresco, ni la sensualidad del género erótico: las ennoblece con el contraste de la fragilidad de las cosas humanas y la duracion de las celestes. Los deleites de la vida pastoral, unidos al suave lamentar de la elegía, y animados con el sentimiento religioso, convierten su poesía en un cántico apacible y delicioso. Poeta al propio tiempo de la razon, léjos de presentarla adusta, la reviste de formas líricas; y la oda de Horacio se halla en él perfeccionada con aquel perfume cristiano que necesitaba para naturalizarse entre los pueblos modernos. Sin poseer el arte y la fuerza del poeta latino, sabe como él dar una forma sencilla á los mas altos pensamientos, ser grande sin énfasis y natural sin bajeza.

Sus defectos nacen de sus mismas bellezas: cuando le falta la inspiración, decae lastimosamente, es prosaico y sin color alguno; pero siempre hay en su lenguaje una suavidad, una unción que atraen y embelesan.

Apartándose del método italiano, de las canciones con largas estancias, adoptó generalmente la estrofa de cinco versos llamada lira, de cuya clase de composicion habia dejado Garcilaso tan brillante muestra en la Flor de Gnido. Una de sus mas bellas odas es la de la Vida del Campo que dice así:

Qué descansada vida La del que huye el mnndanal ruido Y sigue la escondida Senda, por donde han ido Los pocos sabios que en el mundo han sido. Que no le enturbia el pecho De los soberbios grandes el estado, Ni del dorado techo Se admira, fabricado Del sabio moro, en jaspes sustentado. No cura si la fama Canta con voz su nombre pregonera; Ni cura si encarama La lengua lisonjera Lo que condena á la verdad sincera. ¿Qué presta á mi contento Si soy del vano dedo señalado, Si en busca de este viento Ando desalentado Con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Ó monte! ¡Ó fuente! ¡Ó rio!
¡Ó secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
Á vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;

Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves,
De que es siempre seguido
El que al ageno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,

Gozar quiero del bien que debo al cielo, À solas sin testigo, Libre de amor, de celo, De odio, de esperanza, de recelo.

Del monte en la ladera Por mi mano plantado tengo un huerto, Que con la primavera De bella flor cubierto Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.

Y cómo codiciosa Por ver acrecentar su hermosura, Desde la cumbre airosa Una fontana pura Hasta llegar corriendo se apresura;

Y luego sosegada El paso entre los árboles torciendo, El suelo de pasada De verdura vistiendo Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea, Y ofrece mil olores al sentido; Los árboles menea Con un manso ruido que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño confian :
No es mio ver el lloro
De los que desconfian
Cuando el cierzo y el ábrego porfian.

La combatida entena Cruje, y en ciega noche el claro dia Se torna: al cielo suena Confusa vocería Y la mar enriquecen á porfía.

Á mí una pobrecilla Mesa de amable paz bien abastada Me basta; y la vajilla De fino oro labrada Sea de quien la mar no teme airada. Y miéntras miserableMente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando.
Á la sombra tendido
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

En esta oda, como puede notarse en su lectura, es en donde Fray Luis de Leon ha cometido la singular licencia de decir :

Y miéntras miserable-Mente se están los otros abrasando

Sin embargo, se disculpa este defecto en una composicion, cuyo prinpical encanto consiste en cierta especie de abandono que cuadra bien al asunto, y que brilla ademas por tan suave y constante armonía.

Aunque las cualidades que mas distinguen à este poeta son la suavidad y la templanza, podia, no obstante, elevar el vuelo á mayor altura, como se ve en su *Profecia del Tajo*.

Folgaba el rey Rodrigo Con la hermosa Caba en la ribera Del Tajo, sin testigo El pecho sacó fuera El rio, y le habló de esta manera: En mal punto te goces, Injusto forzador, que ya el sonido Oyo ya, y las voces, Las armas y el bramido De Marte, de furor y ardor ceñido. ¡Ay! esa tu alegría ¡Qué llantos acarrea! y esa hermosa Que vió el sol en mal dia A España jay! ¡cuán llorosa, Y al cetro de los godos cuán costosa! Llamas, dolores, guerras, Muertes, asolamientos, fieros males, Entre tus brazos cierras; Trabajos inmortales A tí y á tus vasallos naturales : A los que en Caustantina Rompen el fértil suelo, á los que baña El Ebro, á la vecina Sansueña, á Lusitaña, Á toda la espaciosa y triste España. Ya dende Cádiz llama El injuriado conde á la venganza, Atento, y no á la fama La bárbara pujanza En quien para tu daño no hay tardanza. Oye, que al cielo toca, Con temeroso son la trompa fiera,

Que en África convoca El moro á la bandera Que al aire desplagada va ligera. La lanza ya blandea El árabe cruel, y hiere el viento, Llamando á la pelea: Innumerable cuento De escuadras juntas veo en un momento. Cubre la gente el suelo: Debajo do las velas desparece La mar, la voz al cielo Confusa y varia crece, El polvo roba el dia y le obscurece. ¡Ay! que ya presurosos Suben largas naves : ¡ay! que tienden Los brazos vigorosos A los remos y encienden Las mares espumosas por do hienden. El Eolo derecho Hinche la vela en popa y larga entrada Por el hercúleo estrecho. Con la punta acerada El gran padre Neptuno dá á la armada. Ay triste! ¿y aun te tiene El mal dulce regazo? ¿ni llamado Al mal que sobreviene No acorres? ¿ocupado No ves va el puerto á Hércules sagrado? Acude, corre, vuela, Traspasa el alta sierra, ocupa el llano, No perdones la espuela, No des paz á la mano, Menea fulminando el hierro insano. ¡Ay cuánto de fatiga, Ay cuanto de dolor está presente, Al que viste loriga, Al infante valiente, A hombres y caballos juntamente! Y tú, Bétis divino, De sangre agena y tuya mancillado. Darás al mar vecino, ¡Cuánto yelmo quebrado! ¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado! El furibundo Marte Cinco veces las haces desordena, Igual á cada parte; La sexta ¡ay! te condena ¡Oh cara patria! á bárbara cadena.

Las poesías de Francisco de la Torre han sido atribuídas por algunos à Quevedo, porque este las publicó; pero es preciso no tener idea del estilo de Quevedo para caer en semejante error. Nada tan opuesto al amaneramiento y dureza de este útilmo como la sencillez y dulzura de la Torre. Tratando siempre de objetos campestres, sus ideas, sus expresiones están en perfecta consonancia con el objeto de sus cantos. Da pruebas con

frecuencia de una exquisita sensibilidad, y á veces, en el asunto mas sencillo, consigue arrancar suaves lágrimas ó producir una agradable melancolía.

Al leerle, creemos oir à la tórtola que gime en su nido solitario; nos figuramos haber visto arrancada por el huracan la leve hoja que arrastra la corriente; y nos dolemos de la hiedra que el hacha separa del árbol que la sostenia: siempre se muestra conmovido, triste, y nos trasmite con agradable ilusion sus sentimientos.

Suele, sin embargo, caer en el desaliño, en la bajeza de las expresiones, y por extenderse damasiado en ciertas descripciones, llega tambien á cansar de vez en cuando. Hé aquí una muestra de su estilo sacada de su tierna cancion á la *Tórtola*.

Quién te vé por los montes solitarios Mustia y enmudecida, y elevada De los casados árboles huyendo, Sola y desamparada Á los fieros contrarios Que te tienen en vida padeciendo, Señal de agüero horrendo, Mostrarian tus ojos añublados, Con las cerradas nieblas Que levantó la muerte, y las tinieblas De tus bienes supremos y pasados; Llora, cuitada, llora Al venir de la noche y de la aurora.

¿ Dónde vas, avecilla desdichada? ¿Dónde puedes estar mas afligida? ¡Hágote compañía con mi llanto! ¿Busco yo nueva vida Que la desventura Que me persigue y que te aflige tanto? Mira que mi quebranto, Por ser como tu pena rigurosa, Busca tu compañía: No menosprecies la doliente mia, Por ménos fatigada y dolorosa; Que si te persuadieras Con la dureza de mi mal vivieras. ¿Vuelas al fin, y al fin te vas llorando? El cielo te defienda, y acreciente Tu soledad y tu dolor eterno. Avecilla doliente, Andes la selva errando Con el sonido de tu arrullo tierno: Y cuando el sempiterno Cielo cerrare tus cansados ojos. Llórete Filomena, Ya regalada un tiempo con tu pena, Sus hijos hechos míseros despojos Del azor atrevido, Que adulteró su regalado nido.

La, Torre intentó hacer odas con versos sueltos á la manera de los

antiguos, ejemplo que fué poco seguido, sin embargo de que salió airoso de la empresa, como se puede ver en la siguiente donde no se echa ménos el consonante.

¿Tirsis? ¿ ha Tirsis? Vuelve y endereza Tu navecilla contrastada y frágil A la seguridad del puerto: mira Que se te cierra el cielo. El frio Bóreas y ardiente Noto Apoderados de la mar insana, Anegaron ahora en este piélago Una dichosa nave. Clamó la gente mísera, y el cielo Escondió los clamores y gemidos Entre los rayos y espantosos truenos De su turbada cara. ¡Ay que me dice tu animoso pecho, Que tus atrevimientos mal regidos Te ordenan algun caso desastrado Al romper de tu oriente! ¿ No ves, cuitado, que el hinchado Noto Trae en sus remolinos polvorosos, Las imitadas mal seguras alas De un atrevido mozo? ¿No ves que la tormenta rigurosa Viene del abrasado monte, donde Yace muriendo vivo el temerario Encélado v Tiphéo? Conoce, desdichado, tu fortuna, Y preven á tu mal : que la desticha Prevenida con tiempo no penetra Tanto como la súbita. Ay que te dierdes! Vuelve, Tirsis, vuelve : Tierra, tierra, que brama tu navío, Hecho prision y cueva sonorosa De los hinchados vientos. Allá se avenga el mar, allá se avengan Los mal regidos súbditos del fiero Eolo, con soberbios navegantes Que su furor desprecian. Miremos la tormenta rigurosa Dende la playa : que el airado cielo Ménos se encruelece de contino Con quien se anima ménos.

Los sonetos de este poeta son de los mas bellos que hay en nuestra lengua. Citaremos tres que brillan particularmente por la suavidad y galanura de la versificación: siendo el tercero imitación del italiano.

> Bella es mi ninfa, si los lazos de oro Al apacible viento desordena: Bella, si de sus ojos enagena El altivo desden que siempre lloro: Bella, si con la luz que sola adoro La tempestad del viento y mar serena:

Bella, si á la dureza de mi pena Vuelve las gracias del celeste coro: Bella, si mansa: bella, si terrible: Belia, si cruda: bella esquiva, y bella, Si vuelve grave aquella luz del cielo: Cuya beldad humana y apacible, Ni se puede saber lo que es sin vella, Ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

Salve, sagrado y cristalino rio,
De sauces y de cañas coronado,
De arenas de oro y de cristal ornado
Y de crecientes con el llanto mio.
Salve, y dilata tu ancho poderío
Por la orla sabea, y el dorado
Cerco de perlas : que el licor sagrado
Enriquece tu eterno señorío.
Y así tus ninfas te detengan, cuando
Pases por el estrecho deleitoso
De la concha de Vénus amorosa;
Que saques la cabeza serenando
Este cerco de nubes espantoso,

En compañía de mi ninfa hermosa.

Esta es, Tirsis, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi Fílis bella;
Este el prado gentil, Tirsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñia.
Aquí, Tirsis, la ví, cuaudo salia
Dando la luz de una y otra estrella:
Allí, Tirsis, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió, y así la via.
En esta cueva de este monte amado
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verde hiedra y de violetas tiernas.
Al prado y haya y cueva y monte y fuente
Y al cielo, desparciendo olor sagrado,
Rindo por tanto bien gracias eternas.

Por útilmo, merecen leerse las endechas de la Torre, que están llenas de dulce melancolía, y cuya versificacion es siempre fácil y flúida, aunque á veces algo desaliñada.

Viuda sin ventura
Tõrtola cuitada,
Mustia y asombrada
De una muerte dura;
Tú, que al valle amezo
Con tu arrullo blando
Serenaste, cuando
Vió tu bien sereno;
Quejas inmortales

Hieren tus sentidos: Que á bienos perdidos No hay medianos males. Vuelve donde muevas Las fieras que dejas, Que no son tus quejas Para monte y cuevas. En el valle donde Tu dolor te cela, Nadie te consuela, Nadie te responde. Llora Filomena, Cierva herida brama, Y Eco que te llama Te cuenta su pena. Tu gloria fué tal, Oue hizo ser temida; Pero tu caida Fué temido mal. Si mi compañía Triste y desdichada Por sola te agrada, Oye mi agonía. Cielos y hados canso, Monte y valle ofendo, Los aires enciendo, Las aguas amanso. . . . . . . . . . .

Otro de los poetas de aquel tiempo, digno de ser citado es don Diego Hutardo de Mendoza, de quien hablaremos mas largamente en otro lugar. Sus escritos en prosa han hecho olvidar sus versos y perjudicado à su fama como poeta: es en verdad inferior à los anteriomente examinados, ya se atienda à la dulzura de la versificacion, ya à la sensibilidad, ya à lo florido del lenguaje. Sin embargo, aunque sus versos suelen adolecer de alguna dureza, tiene epístolas llenas de filosofía, en las cuales se descubre un profundo conocimiento de los hombres: tambien à veces manifiesta una dulzura y sensibilidad que contrasta admirablemente con lo que se sabe de su carácter duro é inflexible. Hé aquí cómo en una epístola à Boscan retrata à la mujer de aquel poeta:

Tú la verás, Boscan, y yo la veo, Que los que amamos vemos mas temprano: Héla en cabello negro y blanco arreo.

Ella te cogerá con blanca mano
Las raras uvas y la fruta cana,
Dulces y frescos dones del verano.

Mira ¡qué diligencia; con qué gana
Viene al nuevo servicio; qué pomposa
Está con el trabajo y cuán ufana!
En blanca leche colorada rosa
Nunca para su amiga ví al pastor
Mezclar, que pareciese tan hermosa.

El verde arrayan tuerce en derredor De tu sagrada frente con las flores Mezclando oro inmortal á la labor. Por cima van y vienen los amores Con las alas en vino remojadas: Suenan en el carcax los pasadores, etc.

Suele este poeta usar el agudo en el final de los endecasilabos, defecto que han procurado siempre evitar nuestros autores clásicos, porque destruyendo la armonía de este verso, causa una sensacion poco agradable al delicado oído. Tiene ademas Mendoza contracciones forzadas que dan dureza á su versificacion, y tal vez los acentos no se hallan colocados oportunamente para la buena construccion métrica. Estos defectos que ya se notan en los tercetos anteriores, deslucen tambien las siguientes estrofas de una cancion por otro lado bellísima.

Ya el sol revuelve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra vía,
Acabando la mas corta carrera:
Ya calienta, ya da nueva alegría
De la estrella mas fria al tibio seno:
Ya las nubes esparce por de fuera:
Ya parte mas afuera
Del cielo y apartada
Ve la luz demasiada:
Yo cautivo que muero, quiere amor
Que de mi huya el claro resplandor;
Y que siempre le siga como loco,
Teniendo al sol en poco,
Y que muriendo, busque mi dolor.

La verde yerba coronando viene
De varias flores la pintada tierra,
Que el estrellado cielo se parece:
Los tiernos ramos no tienen mas guerra
Con el soberbio viento, ni conviene
Temor del duro hielo que entorpece.
Ya ninguna perece
De las espesas hojas:
Y tú, fortuna, arrojas
Tanto dolor en mí, tanta agonía
Cuanto ellos hora tienen de alegría.
Cada cosa en su tiempo fin alcanza:
Y en la tristeza mia
No hay tiempo que remedie mi esperanza.

Tiene tambien cierta sencillez y gracia la letrilla de Mendoza que empieza:

Esta es la justicia Que mandan hacer Al que por amores Se quiso prender.

Pero su mejor obra poética es la fábula de Adonis, Hipomenes y

Ata anta, escrita en octavas, cuyos versos son flúidos y elegantes al par que vigorosos, como se puede ver por las siguientes:

En el Arabia es fama, que cansada
La diosa Vénus por la tierra yendo,
Del murmullo de un agua convidada,
Que entre la verde yerba iba corriendo;
Con el sol y trabajo acalorada
Al fresco viento el blanco pecho abriendo,
Cubierta de una gasa transparente
Se sentó á reposar cabe una fuente.
Acaso Adónis por allí venia

De correr el venado temeroso,
No de otra arte que el sol, cuando volvia
En Licia los ganados al reposo:
El polvo que en el rostro se veia,
Y el sudor le hacian mas hermoso.
Como con el rocío húmida y cana
Se ve la fresca rosa en la mañana.

El dorado cabello, que es bastante Á deshacer el sol, al viento suelta, En el hombro el carcax de oro sonante La blanca ropa en oro trae revuelta: En la mano arco y flecha penetrante, Un perro de trailla otro de suelta; Halla en la caza y hiere en una ora, Y pensado matalla, la enamora.

Y está bien hecha esta imitacion de Virgilio de que se vale para pintar el estado en que Vénus encontró á Adónis, despues de muerto por las fieras.

> Tal lo halló, cual flor de primavera, Que poco ántes honraba el verde prado Fresca, alta y en órden la primera, Mas fué al pasar tocada del arado: Cual el blanco jazmin ó adormidera, Cogido en un instante y arrojado, La tez y resplandor y hermosura Vueltas en sombra eterna y noche oscura.

## CAPÍTULO VI.

## Fernando de Herrera, Francisco de Rioja.

Hasta aquí, los poetas de la nueva escuela introducida por Boscan y Garcilaso, entregandose á toda la efusion de los sentimientos de su alma, se habian parado poco en el adorno poético, y no cuidaron de dar á la versificacion todo el artificio, de que es susceptible. Una amable sencillez, la elegante claridad de la expresion y la dulzura de un lenguaje terso y flúido, cualidades acomodadas á la índole de los asuntos que por lo general trataban, fueron las prendas sobresalientes de

su poesia; prendas de gran valor, y que en concepto de muchos merecen mayor aprecio que otras mas brillantes tal vez, mas deslumbradoras, pero que rayan en la afectación, descubren el estudio, y aunque halaguen la fantasía, tocan ménos el corazon. Como quiera que sea, la necesidad de tratar asuntos de diferente naturaleza, y el deseo de sobresalir por nuevos caminos, produjo una escuela en que apartándose ya de la sencillez primitiva, se buscó la pompa, la armonía, la magnificencia en la versificación, y perfeccionando el lenguaje poético, se abrió sin embargo la puerta á los defectos de los que por intentar despues ir mas allá que estos primeros innovadores, deslucieron nuestra poesía con las extravagancias de la exageración y del culteranismo.

El verdadero creador de esta escuela fué Fernando de Herrera, llamado el divino, hombre de fogosa imaginacion, de altos pensamientos y de una instruccion vastísima. Su vida, que se prolongó hasta una edad muy avanzada, debió ser consagrada en su totalidad al estudio, corriendo en el retiro, puesto que se ignora cuál fué su suerte, y hasta los años en que nació y murió, sabiéndose solo que era natural de Sevilla y que habia ya fallecido á principios del siglo XVII. Consérvase no obstante su retrato, debido á su amigo Francisco Pacheco, el cual publicó tambien en 1619, despues de su muerte, las poesías que de él nos quedan. Herrera habia dado á la estampa en 1580 las que tenia hasta entónces escritas, ó reputaba por selectas entre todas sus com-

No satisfaciendo à Herrera el camino llano de sus antecesores, aspiró à hacer una revolucion en la poesía española. Inventó giros nuevos, expresiones atrevidas, locuciones llenas de pompa y armonía, esforzándose en dar al lenguaje poético tanta grandeza y sonoridad como tenia el de los poetas griegos y romanos. El idioma castellano le es por esta razon deudor de inmensos beneficios: la versificacion ha sido llevada por él à su mas alto grado de perfeccion, atesorando recursos que le hacen capaz de las mas arduas empresas. Herrera es el primero que ha enseñado à sacar del verso endecasílabo todo el partido de que es susceptible; à cortarlo oportunamente; à formar con él períodos variados y numerosos; à hacerle marchar ora lento, ora arrebatado, segun conviene: à darle la armonía que requiere la clase de asunto à que se aplica y los objetos que se intenta representar. Despues de él se puede decir que si los italianos dieron à España el endecasílabo, los españoles fueron los que le llevaron à su mas alto grado

de perfeccion y armonía.

Por medio de este arte de que Herrera fué inventor, supo dar á todos los géneros de poesía que manejó el tono verdadero que á cada cual correspondia, á tal punto que conservando siempre la misma grandiosidad y magnificencia de estilo, no parecen sus várias composiciones de la misma mano. La oda á don Juan de Austria, la cancion á la batalla de Lepanto, son obras tan distintas que no admiten comparacion

entre sí, y lo mismo sucede à sus elegías. Arrebatado, vehemente en la primera; sublime, inspirado en la segunda, se acerca bastante à la manera de Petrarca en las últimas. Estas no obstante, aunque destinadas à desahogar la intensa pasion que Herrera guardó encerrada toda su vida en el pecho, pecan por el demasiado estudio, y carecen de aquel simpático y triste abandono que deben tener todas las composi-